“El banquete nupcial está preparado, pero los invitados no eran dignos de él”

Mt 22, 1-14

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

CORAZÓN NUEVO Y TRAJE DE BODA: TODO HABLA DE NOVEDAD.

La salvación no consiste en reparar lo que está estropeado y ajustar lo que ha funcionado mal, sino en crear, en hacer nuevo. A YHWH le gusta presentarse en el Antiguo Testamento a su pueblo como un Dios vivo, dinámico, creativo, que proclama y lleva a cabo novedades sorprendentes: «Mirad, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,19). El Exodo, la alianza, el retorno del exilio: todos los grandes acontecimientos de la historia de Israel son considerados desde esta perspectiva. La mayor novedad, la «buena nueva» por excelencia, es, a buen seguro, lo que ha llevado a cabo por medio de su Hijo, Jesucristo. Sin embargo, las novedades de Dios no son sólo las registradas en la historia. Dios continúa sorprendiendo al mundo cada día, hasta transformarlo en unos «cielos nuevos y una tierra nueva» (cf. Ap 21,1). «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5): este anuncio se realiza no sólo en los grandes acontecimientos clamorosos, sino también en la intimidad de cada corazón.

Frente a la novedad de Dios, mantenemos a menudo una actitud ambigua. Por una parte, deseamos lo nuevo, nos molesta el aburrimiento expresado drásticamente en el libro del Eclesiastés: «Lo que fue, eso será; lo que se hizo, se hará: nada hay nuevo bajo el sol» (Ecl 1,9). Por otra parte, sin embargo, tenemos miedo a la novedad. Resulta más cómodo refugiarse en las antiguas costumbres, permanecer sobre terreno seguro, conocido. Frente a la invitación a la fiesta de la boda tenemos mil excusas para justificar nuestra pereza. Nos urge también una nueva evangelización y, sobre todo, un corazón nuevo.

ORACION

Señor, te oramos con las palabras del salmo 51: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, renueva dentro de mí un espíritu firme; no me arrojes de tu presencia, no retires de mí tu santo espíritu. Devuélveme el gozo de tu salvación, afirma en mí un espíritu magnánimo» (vv. 12-14).

Te pedimos que vuelvas a enviarnos tu Espíritu, que, así como en la primera creación hizo pasar el mundo del caos al cosmos ordenado, pueda renovar todavía hoy la faz de nuestra tierra, marcada por la división, por la guerra y por la explotación. Tu Espíritu es como fuego que enciende y purifica, como agua que da vida y como el viento que sopla misteriosamente obrando prodigios. Que tu Espíritu nos haga firmes y generosos. Sin el sostén de tu Espíritu somos frágiles, permanecemos encerrados, inseguros, inestables, dispuestos a caer en compromisos. «Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento» (de la secuencia de Pentecostés). Que tu Espíritu nos haga saborear la alegría de estar salvados y salvadas, que nos enseñe a estar en tu presencia. Que impulsados por él nos

atrevamos a llamarte «Padre» y nos atrevamos a hablarte con corazón de hijos. Que tu Espíritu nos prepare el traje nupcial para que, al final de nuestra peregrinación terrena, podamos ser recibidos en el banquete de bodas de tu Hijo